

Centroamérica: de la izquierda revolucionaria a la izquierda socialdemócrata

Central America: from the revolutionary left to the left of social democracy

EDELBERTO TORRES-RIVAS

Director del Programa Centroamericano de Posgrado en Ciencias Sociales, de FLACSO

Recibido: 15/10/08

Aprobado 27/11/08

RESUMEN

El ensayo se refiere a la situación de las izquierdas en Centroamérica, en la época anterior a la guerra civil (1970/80) y el periodo posterior. En el primero, la izquierda marxista fue clandestina, ilegal y reducida en número. El desarrollo de los movimientos guerrilleros en Nicaragua, El Salvador y Guatemala movilizó importantes sectores populares, cuyo programa incluía demandas democráticas y sociales y vagas menciones por el socialismo. En el periodo posconflicto, las izquierdas armadas se incorporaron como partidos políticos públicos y legales. En El Salvador y Nicaragua constituyen partidos con fuerte respaldo electoral. Socialdemócratas solo hay en Costa Rica. Hoy día, la izquierda marxista experimenta una pérdida de identidad y se dividen entre los nostálgicos que aun creen en la revolución y los realistas que enfrentan el nuevo desafío: la incorporación a las luchas electorales.

Palabras clave: guerra civil - izquierda marxista - democracia - socialismo - guerrillas.

ABSTRACT

The essay referred to the situation of Central American leftists, in the days preceding the Civil War (1970-80) and the subsequent period. In the first, the Marxist left was illegal, unlawful and reduced in number. The development of the guerrilla movements in Nicaragua, El Salvador y Guatemala mobilized important popular sectors, whose program included social and democratic demands and vague references to socialism. In the post-conflict period, the armed leftist political parties were incorporated as a public and legal. It is in El Salvador and Nicaragua are parties with strong electoral backing. Social Democrats are only in Costa Rica. Today, the Marxist left experiencing a loss of identity and are divided between those nostalgic still believe in revolution and the realists who face the new challenge: the incorporation in the electoral struggle.

Key words: Civil war - Marxist left - democracy - socialism - guerrillas.

LAS IZQUIERDAS ANTES Y DESPUÉS DE LA GUERRA

La vida de las izquierdas centroamericanas, los últimos años y los anteriores, ha sido contradictoria e intensa. Y ha vivido y sufrido dos momentos diferentes, antes y después de la gran crisis política que condujo a la guerra civil en tres países de la región, Nicaragua, Guatemala y El Salvador (1979/1990-96). En sus efectos políticos, militares y sociales, afectó a todos, incluyendo Honduras y Costa Rica. Es imprudente no hacer una breve referencia a lo que fueron las izquierdas antes del cataclismo, pues de múltiples maneras hay raíces, vínculos, antecedentes, entre ambos períodos. Son dos generaciones de izquierda atadas por las utopías y los fracasos.

Una breve referencia a la naturaleza de la izquierda previa al conflicto centroamericano, nos lleva de la mano a la martirizada existencia de los grupos radicales viviendo bajo dictaduras militares, fuertemente coloreadas por el anticomunismo y el clima opresor de la Guerra Fría. La izquierda que había antes de los años setenta en esos países agotaba su existencia en pequeños partidos comunistas y grupúsculos diversos, sueltos, en permanente encono, sectarios, viviendo diversos estados de ánimo revolucionario.

Con excepción de Costa Rica, donde Vanguardia Popular llevó una tranquila existencia pública e ilegal, en los otros países de la región, los partidos comunistas nacieron en la clandestinidad y vivieron en la oposición ilegal, permanentemente reprimidos. Nacieron contra el Estado y vacíos de «comunidad política». En El Salvador y Guatemala, los

PC se incorporaron con desgana al entusiasmo insurreccional entre finales de los años sesenta y setenta. El huracán ideológico desatado por la revolución cubana planteó la necesidad de definiciones urgentes: impacientó a una tumultuosa generación de estudiantes radicales y jóvenes provenientes de otros sectores populares.

Los partidos comunistas condenaron la atracción del foco guerrillero como aventurerismo pequeño burgués. Atacaron al Che golpeando a Debray. Pero en el momento de la verdad, el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) y el PC salvadoreño se sumaron a la lucha armada (en los años setenta) con desigual convicción. El PGT se disolvió en el fuego de la guerra civil; el PC salvadoreño se mezcló en el Frente Farabundo Martí y desde que se firmó la paz contribuye a perfilarlo ideológicamente. De hecho, la influencia de los ex-comunistas es más fuerte que la de la otrora izquierda radical.

El Partido Socialista nicaragüense (comunista) nació débil y daltónico, no acompañó nunca a los sandinistas ni antes ni después de la victoria, y formó parte de las fuerzas de oposición al gobierno del Frente Sandinista, aliados de la derecha reaccionaria. Con la muerte por vejez de sus dirigentes, se terminó el Partido. El Partido Comunista hondureño fue más un membrete y una ilusión, su vocación por el sacrificio fue de orden moral y no político. Fue tan débil que es difícil decir cuándo murió. Hoy día, en 2008, no existen comunistas en ningún país. Desaparecieron antes que el Muro de Berlín. Y lo que existe como izquierda tiene que ser nuevamente bautizado.

En virtud de razones históricas de larga longitud, en los años setenta se crearon condiciones sociales favorables para la protesta política, para la desobediencia de masas, todo lo cual fue creciendo como efecto de la brutal represión estatal. Las fuerzas del orden tradicional, al reprimir sin distinciones alimentaron un evidente ánimo insurreccional. El surgimiento de situaciones revolucionarias sólo ocurre frente a Estados autoritarios y débiles, y puede tener éxito si la contraparte es la expresión de un movimiento de masas subjetivamente descontentas, con una dirección política objetivamente organizada y competente.

Los intelectuales radicales de clase media, que vivían una impaciente intersubjetividad ideologizada por la revolución cubana, con mucho de voluntarismo y de fe, se pusieron al frente de la crisis. Eran los años setenta. Fue una generación con ideología revolucionaria sin teoría y por eso se dice que fue un movimiento revolucionario que se olvidó de Lenin. Eran fuerzas sociales de jóvenes, movilizadas por la emoción, en que el heroísmo personal fue superior al fusil. En todas estas sociedades el salto cuantitativo de militantes de izquierda fue impresionante, al punto que en ese clima contagioso sentirse de izquierda era ser de izquierda. No era problema de credenciales. Las izquierdas vivieron con el proyecto de revolución, su mejor momento.

Así ocurrió, primero en Guatemala, después en Nicaragua y por último en El Salvador. A finales de los años setenta las fuerzas de izquierda crecieron como fuerza insurgente, con métodos violentos, militarizando su militancia y con un difuso programa socialista

en los tres países donde la dictadura oligárquica bloqueaba la participación y reprimía el descontento. Durante muchos años, una generación anterior hizo la crítica al orden oligárquico pidiendo libertad, democracia, independencia nacional y tierra. La de los años setenta, con el imaginario de Fidel y el Che, agregó como demanda la lucha por «una nueva sociedad».

Los movimientos guerrilleros, sin duda, constituyeron más una amenaza al orden tradicional interno que a la seguridad nacional de los Estados Unidos, pero fueron combatidos por estos con fervor religioso medieval. Cuando se alzaron en armas, casi en forma sincrónica en los años setenta, lo hicieron pensando que el camino de la revolución pasaba por la destrucción del Estado y por la construcción de una nueva sociedad, con programas revolucionarios inspirados en el ejemplo cubano. Solo de forma elíptica hablaban de socialismo. Como es sabido, por causas internas donde jugó la cohesión o la ruptura de las clases dominantes y la fuerza de las coaliciones políticas, triunfaron en Nicaragua, empataron en El Salvador y perdieron en Guatemala.

DE LOS PROGRAMAS RADICALES, EL RECUERDO...

Cuando la izquierda armada, después de ingentes esfuerzos en contra, negoció el fin de la guerra y firmó la paz, lo hizo en el campo del enemigo que venían combatiendo y con olvido de sus más caros orígenes ideológicos. ¿Guerrilla que negocia, pierde? No se negoció el capitalismo sino la conversión o no de la guerrilla en partido político. La cuestión

agraria ni siquiera fue planteada; quedaron fuera de la agenda los intereses campesinos, aliados mayoritarios de la insurgencia, ratificando el *dictum* de que en esta historia «siempre ganó Goliat» y contradiciendo el otro teórico, pues la lógica de la guerra en este caso fue la negación de la política y esta no fue la economía de la violencia. No cabe duda que los programas políticos radicales del inicio, hechos jirones, se fueron quedando en el camino. ¿Fueron movimientos de izquierda más por los métodos de lucha que por sus programas políticos? Pareciera que así fue; el programa con el que los sandinistas triunfaron (Programa de Puntarenas) solo era esencialmente antisomocista.

Hay que puntualizar, entonces, que las fuerzas de la izquierda armada no negociaron sus programas ni se apoyaron en ellos. Y aún cuando la negociación fue ardua y difícil para el FMLN (El Salvador), humillante y sin capacidad de supervisión para el FSLN (Nicaragua), prolongada pero exitosa para la URNG (Guatemala), lo sustantivo que se negoció (en El Salvador y Guatemala) fueron los detalles de la incorporación política de la insurgencia a los escenarios de la democracia. Los guerrilleros aceptaron explícitamente las reglas del juego de la democracia liberal.

Sin embargo, hacer a un lado el programa y la ideología para alcanzar la paz fue una renuncia, pero no una rendición. Hay que subrayar con ánimo optimista que —de hecho— la izquierda no perdió y quien ganó fue la democracia y con ella, la sociedad entera. Pero aún quedan sin respuesta, planteados por grupos de derechos humanos de izquierda, los ásperos problemas de la

reconciliación nacional y de la justicia de la transición; el perdón y el olvido son decisiones personales intransferibles que siguen dividiendo a la sociedad.

Sin mala conciencia, la izquierda ya desarrollada aceptó, con desconcierto, convertirse en el ala radical del *establishment* democrático, jugando en un terreno donde ninguno de los actores tenía experiencia. Pese a sus pésimas credenciales autoritarias, las fuerzas de la derecha con sus cuantiosos recursos financieros y humanos todavía imponen su voluntad en Guatemala, El Salvador y por períodos, en Nicaragua. Es preciso detenerse aquí para hacer una segunda acotación.

Se argumenta, por algunos, que el advenimiento de la democracia —en su momento, la gran demanda de las izquierdas— fue un resultado del conflicto armado. Sin duda el detonante de la crisis fue la exigencia de democracia pero es difícil decir que ella salió de la boca del cañón. La polémica la plantearon, con talante sectario, los que proclamaron «the democracy from below» (básicamente académicos norteamericanos), frente a los que sostuvieron que, en Guatemala y El Salvador, ella fue sólo parte inicial de una estrategia contrainsurgente: rodear a la Nicaragua sandinista de gobiernos civiles, electos democráticamente y «descolocar» a la guerrilla, que se vió así luchando ya no contra dictaduras militares sino enfrentando regímenes civiles y democráticos. La política norteamericana, sensible a los dictados de la guerra fría, se ajustó rápidamente a los nuevos aires y «aconsejó» elecciones, donde sus aliados civiles, de derecha, habrían de ganar. En Centroamérica la tercera ola democrati-

zadora de Huntington fue una decisión norteamericana.

Todos los análisis que se han hecho sobre las izquierdas centroamericanas conducen a un «balance» de situación, cuando lo que interesa es una caracterización de ellas. El balance, a la manera de una contabilidad política, implica vacilación o inseguridad acerca de una existencia comparada con el pasado. Consideramos que es más importante interrogarse sobre sus problemas de identidad cuando todos los referentes tradicionales se hicieron añicos, su naturaleza como fuerza política en un período en que no hay revoluciones, su capacidad de representación cuando la clase obrera cambió como tal. Este es el dilema de las izquierdas hoy día: unos, recogidos en el pasado, cultivan un sectarismo fundamentalista; y otros, un oportunismo rampante. Poco a poco se va perfilando el grupo que asume que en la actualidad el desafío de la izquierda es la democracia y que el socialismo es sólo una utopía: del socialismo científico al utópico.

Hay dos dimensiones preliminares susceptibles de asentar la baza en el punto de partida: la izquierda como movimiento, organización, como política, y la izquierda como cultura, valores, como conocimiento. En relación a lo primero, hay varios aspectos que se atan como un denominador común: Centroamérica vive, por vez primera en su trágica historia, un cuarto de siglo continuo de democracia política, lo cual se traduce en el dato nada despreciable de que el 40% (promedio) de su población joven no pasó por el trauma de las dictaduras. Otro, derivado de lo anterior, es que desde hace más de veinti-

cinco años las izquierdas centroamericanas dejaron de ser ilegales y clandestinas y viven distintos destinos públicos, más dispersas que organizadas y asumiendo las elecciones democráticas como un reto (según el país y con la excepción de Costa Rica). O sea, varían en la dimensión orgánica, movimientística, como fuerza política.

DESPUÉS DEL DILUVIO, LA POLÍTICA

En El Salvador, el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) constituyó una notable experiencia de voluntad política y talento militar, articulado a los movimientos de masas. En un país de 32 mil kilómetros cuadrados, sin montañas de refugio, la guerrilla se convirtió en un ejército de 10.000 guerreros armados, que nunca fueron derrotados y accedieron a la paz convirtiéndose en la mayor fuerza política de oposición. En el escenario político de este país hay variadas novedades. Las primeras elecciones sin fraude, en las que ganó un partido de centro izquierda (que luego cambió), la Democracia Cristiana, ocurrieron en plena guerra civil (1984). Las segundas las ganó un partido de extrema derecha, la Alianza de Renovación Nacionalista (ARENA) también en un clima bélico (1989). Desde entonces la derecha salvadoreña, organizada como nunca antes en el mayor partido burgués de Centroamérica, ha ganado cuatro elecciones presidenciales.

La otra novedad es que las fuerzas de la izquierda en El Salvador, organizadas con el FMLN como partido, han logrado el milagro de conservar su fuerza orgánica a lo largo de un inédito recorrido de 28 años, a pesar de los

golpes a su unidad. Las causas son históricas, el FMLN surgió en 1981 como un pacto estratégico político-militar de 5 organizaciones, que mantuvieron cada una su individualidad pero un mando unificado. Lo que la guerra juntó lo separó la democracia y ha ocurrido un variado y paulatino desgranamiento motivado, en último análisis, por la vieja disyuntiva de cómo ser reformista sin dejar de ser revolucionario. Una mitad de sus líderes históricos, algunos sufriendo de travestismo ideológico, se han ido, en tanto que varía y se fortalece su membresía.

El FMLN ha acrecentado su presencia electoral manteniendo un núcleo duro, leal, de un 25% del electorado nacional en 1994, 29% en 1999 y 36% en el 2004 y superando a ARENA, con un 39.5% en 2006; ha ganado en una oportunidad la mayoría relativa de diputados del Congreso (unicameral) y en dos, las más importantes alcaldías municipales del país, incluyendo la ciudad capital, San Salvador. El FMLN mantiene engavetado su programa histórico, donde proclama el socialismo como la meta; pero se mueve en la política contingente con una oferta electoral progresista, razonable, inteligente.

¿Por qué no ha ganado? Esta es una respuesta que tiene que ver más con la estructura institucional del sistema político, y con el hecho que la democracia electoral es cara. Resulta virtualmente imposible competir con los cuantiosos recursos que derraman los poderosos empresarios unificados en ARENA y el *National Endowment for Democracy*. También cuenta el hecho sensible de que los que fueron los enemigos de la guerra, sin solución de continuidad, son ahora los contrin-

cantes en la democracia. Y los recuerdos del fratricidio son los temas que se utilizan cuando la campaña política arrecia. Sin la perturbadora pretensión del pronóstico, hasta este momento (septiembre de 2008) las encuestas le dan el triunfo en 2009 a la ex guerrilla encabezada por vez primera por un intelectual que no fue comandante ni tiene carné del FMLN. Proporcionalmente hablando, en El Salvador existe la izquierda más poderosa de América Latina.

La izquierda nicaragüense nunca fue y no es comunista sino sandinista. ¿Qué es el sandinismo? Fue una poderosa fuerza identitaria, a veces confusa, con ingredientes históricos, políticos, ideológicos. Esa denominación dio a los revolucionarios nicaragüenses un ancho margen de movimiento, como síntesis patriótica, nacionalista y emocional donde todo cabía. Tiene hondas raíces en la historia de la nación, a la que Augusto César Sandino contribuyó a defender; es antiautoritario, porque se conformó en las luchas contra la dinastía sangrienta de los Somoza; antiimperialista por el papel colonial que Estados Unidos desempeñó al ocupar el país por veinte años (1911/1933); y popular, por el indiscutido apoyo de masas que todavía conserva. Con todos esos componentes el sandinismo es más que un pensamiento de izquierda, es una actitud militante, un instrumento de confrontación frente a las derechas, al menos hasta 1999.

Sus programas —ha habido varios— no dejan ninguna duda. Pero no es una ideología, no tiene estructura lógica para dar respuestas a los desafíos de un mínimo de problemas. También se sitúa en la izquierda por

la razón espacial/política de que hay un amplio terreno de extrema y centro derecha en el país: los tradicionales partidos Liberal y Conservador, con raíces en el siglo XIX. El Frente Sandinista los enfrentó en la lucha contra Somoza, cuando fue gobierno, y en la oposición.

El sandinismo ha vivido una permanente crisis orgánica, llena de bandazos a la derecha y a la izquierda; su raigambre eminentemente popular y la fuerza de sus raíces históricas lo llevan siempre, de nuevo, a posiciones de izquierda. Vivió una radical contradicción cuando era gobierno, cuando la profundidad de la crisis obligó las políticas neoliberales, que fueron calificadas como una operación de cirugía sin anestesia por la brutalidad de sus efectos. Su primer gran desprendimiento ocurrió en mayo de 1995, cuando Sergio Ramírez y numerosos cuadros políticos e intelectuales fundaron el Movimiento de Renovación Sandinista. Lo de «renovación» no fue un envite ideológico sino la apuesta por un recambio de líderes.

Experimentó otra resquebrajadura profunda cuando, ya como partido de oposición, hizo alianzas con el Partido Liberal, de Arnoldo Alemán en diciembre de 1999 y modificaron la Constitución y algunas leyes para reforzar una estructura bipartidista; y lo inaudito, controlar a dúo las principales instituciones democráticas. Este no es un comportamiento de una organización y un liderazgo de izquierda. Fue un arreglo corrupto el pacto con el *neosomocista* Alemán, que poco tiempo después fue procesado por el robo directo de cien millones de dólares. Y hubo una ¿penúltima? escisión del FSLN con ocasión

de la campaña electoral de 2005, en la que Daniel Ortega se postuló por tercera vez como candidato presidencial. Los entretelones de la campaña no caben en este breve recuento, pero una importante fracción, encabezada por Herty Levites, alcalde de la ciudad de Managua, se formó para competir electoralmente como expresión de una izquierda moderna; muerto Levites, le sucedió Edmundo Jarquín, de raíz social cristiana.

Esta nueva división no impidió el triunfo electoral del Frente y que Daniel Ortega obtuviera la primera mayoría (39% del voto total) frente la derecha dividida. Esa victoria demostró, una vez más, que un partido se divide siempre por la cúpula y no por la base, y también que el sandinismo es una forma de identidad política casi hereditaria, que tiene un núcleo leal a prueba de travestismo político, al que Daniel representó como un caudillo equívoco. Siendo ésta una revisión de la situación de las izquierdas en Centroamérica, concluimos que en Nicaragua hay también un poderoso partido, de una izquierda variable, al que resulta imposible tanto ser revolucionario como ser socialdemócrata. Y en torno suyo, en la pelea por llamarse también sandinistas, hay grupos intelectuales, sindicales, políticos, artistas, nostálgicos pero aislados, buscando la modernidad, el poder, inútilmente.

En Guatemala ocurre lo contrario. Las fuerzas guerrilleras no pudieron pasar más allá de la etapa de la «propaganda armada» en 1980/82 y; una cadena de errores políticos y casualidades históricas les llevó a perder sus contactos poderosos con los movimientos sociales, en la década de los setenta. Sin embargo, la Unidad Revolucionaria Nacional

Guatemalteca (URNG) realizó un importante trabajo de captación entre las comunidades indígenas. Logró una movilización inicial de unas 200.000 mayas, superando la explicación clasista, que los reducía a campesinos, por un planteamiento más complejo de la cuestión étnico-nacional. (La nación finalmente se reconoció como multicultural.) Sin embargo, alertado el ejército del potencial peligro de una guerra étnica, lanzó una estrategia de «sociedad arrasada» que redujo a la URNG a la condición de una guerrilla endémica, aislada, ilusionada. Y asesinó en 18 meses a más de 80.000 indígenas con casi 600 aldeas arrasadas (1980/82)

La firma tardía de la paz, en 1996, introdujo a la URNG como el partido-de-las-izquierdas de Guatemala. Aún cuando sus divisiones ocurrieron antes, la lucha electoral prácticamente los ha liquidado. En las elecciones de 1996 alcanzaron un «techo» histórico del 13% del voto total, eligiendo 6 diputados; en las últimas, de 2007, de los tres partidos de izquierda, el mayor de ellos obtuvo el 3.6% de votos, a pesar de que la Premio Nobel, Rigoberta Menchú, encabezaba la lista como candidata presidencial. Hay que aclarar que no hay ninguna relación de causalidad entre las izquierdas y el movimiento indígena. De hecho, las fuerzas de izquierda están pulverizadas y el indigenismo aun no constituye una fuerza orgánica nacional. Guatemala es el paraíso de las derechas, que al contrario de lo que sucede en El Salvador o Nicaragua, se han dividido en seis partidos, sin riesgos de perder el poder.

Resulta falsa la atribución de socialdemócrata al partido Unión Nacional de la Espe-

ranza, solamente porque su candidato presidencial ha tenido amores lejanos con la Internacional Socialista. Álvaro Colom ganó la presidencia en 2007, pero es imposible imaginar que su difícil victoria frente a un general de extrema derecha, de tradición contrainsurgente, sea un «vuelco» hacia la izquierda. Ni su programa, ni su partido, ni su retórica lo definen como un cambio hacia la izquierda, aún cuando, en propiedad, tampoco puede contabilizarse como una victoria de la derecha tradicional, que de todas maneras controla el poder legislativo. En Centroamérica, sólo en Costa Rica hay (o hubo) condiciones para que coagule una opción del tipo socialismo democrático: un Estado fuerte y movimientos sociales disponibles.

Finalmente, en Costa Rica, ya se dijo que las izquierdas son un recuerdo y una nostalgia. Con ocasión del apoyo o el rechazo al Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, se organizó un poderoso frente nacionalista, dirigido por señeras figuras de izquierda. Perdido el referéndum, la fuerza de la movilización se disolvió tan rápido como espontáneamente se había constituido. Lo importante en este país es que el pacto socialdemócrata se viene «desfondando» por varios motivos. Uno, los líderes como Figueres, Oduber, Monge, desaparecieron.

El poderoso Partido Liberación Nacional, casi identificado con la nación democrática, se dividió con el mismo ritmo con el cual la modernización de la economía se diferenció. Y volvió más desigual la sociedad y el Estado ya no puede conciliar los diversos intereses emergentes. La prueba de la agonía social democrática de este país es la debilidad fisi-

ca e ideológica de Oscar Arias. Con la enfermedad del PLN terminó el viejo régimen de partidos y el país entra en una crisis de redefinición de identidades.

CONSIDERACIONES FINALES

En el seno del desconcierto ideológico y cultural que casi todas las fuerzas de izquierda viven en casi todas partes del mundo, las variaciones son aquí muy grandes: siguen habiendo izquierdas anticapitalistas pero con estrategias reformistas o revolucionarias; son al mismo tiempo, fuertemente estadistas como reacción al neoliberalismo o por sus luchas contra la pobreza; son pro-cubanas pero con o sin capacidad de crítica a lo que ahí ocurre con 50 años de socialismo; son antiimperialistas de muy diverso tono, unas a la vieja usanza, pensando en la United Fruit Co., otras que se refieren mas a la globalización y a la política exterior, pensando en Irak. Y aunque se orientan más por los valores de la igualdad que por los de la libertad, difieren en su adhesión o su escepticismo por el socialismo. Marx es simplemente una huella que inspira una crítica radical a las lógicas de la dominación social, pero no es la quintaesencia del socialismo; más bien, a pesar del Marx positivista, es hora ya de pensar en un imaginario socialista post-cientificista.

Ya se habló de la izquierda como fuerza electoral; en dos países son una fuerza política importante; en los otros tres tienen una existencia mortal. Ahora hagamos una breve referencia a su papel en el debate técnico y político frente a los reclamos del desarrollo en democracia. Se está viviendo, tardíamente en Centroamérica, la perversión final del pro-

ceso neoliberal, criticado hasta por los organismos financieros que en su momento lo propiciaron¹. Los grupos de izquierda, como centros de estudio y de conocimiento, intentaron sin éxito incidir en el debate, que intentó reconciliar la modernización política con el desarrollo económico y solo estimuló ajustes con la consecuencia de la profundización de la exclusión social, de la miseria y de las desigualdades crecientes.

Es lo que Boaventura dos Santos llama el «fascismo social», como una forma de sociabilidad de las desigualdades tan fuertes, que unos tienen capacidad de veto sobre la vida de los otros. Corremos el riesgo de vivir en sociedades que son políticamente democráticas pero socialmente fascistas.

El debate en la región es pobre y cuando ocurre, es de carácter litúrgico. Como el marxismo se refugió en las universidades, es ahí donde se discute si el horizonte sigue siendo la democracia y el socialismo, unos aferrados a la idea de la revolución, otros, dispersos, aceptando lo que llaman la «fatalidad social democrática». No hay coincidencia en las respuestas, los más ortodoxos proponen cambiar las lógicas del poder, y para ello las luchas democráticas son cruciales. Estas luchas debieran ser radicales, porque están fuera de las lógicas tradicionales de la democracia, pues el propósito debería ser profundizar la democracia en todas las dimensiones de la vida. La izquierda centroamericana se ha vuelto feminista y han agregado a sus programas los temas ecológicos, la defensa de la naturaleza, lo cual urge para parar la destrucción del planeta que actualmente se está desarrollando; son multiculturales, denuncian el narcotrá-

fico, siguen defendiendo la igualdad en un escenario donde la pobreza aumenta.

De tener éxito una visión moderna, actual y urgente, el objetivo es salir de una democracia tutelada, restringida, de baja intensidad, para llegar a una democracia de alta intensidad que realmente haga que el mundo cada vez sea menos confortable para el neoliberalismo. El nuevo nombre del socialismo, es por lo tanto «democracia sin fin». Pero la realidad no cambia espontáneamente. En política para hacer algo hay que tener siempre dos condiciones: hay que tener razón a tiempo, en el momento oportuno; y hay que tener fuerza para poder imponer la razón. Los centros donde el debate se realiza, aun son elitistas, cerrados. Pareciera que hay dos fuerzas de izquierda: los que están en la política electoral y los que aislados se mueven en el campo de la cultura. Y los unos desconfían de los otros.

Para que el horizonte tenga futuro, no solo es deseable que las divisiones terminen y que la diáspora encuentre sus límites. Entendemos por «diáspora» el fenómeno imparable

hasta ahora de militantes progresistas que abandonan las organizaciones. En Guatemala, son más los que se han ido, que los que se han quedado. En Costa Rica, hay un extendido ánimo de izquierda, pero no hay militantes organizados. Las luchas contra el TLCs así lo demostraron. También es imprescindible hacer balance del momento que se vive, una revisión de métodos, una renovación ideológica y una rectificación de los errores del pasado, de inercias y lastres que no permiten avanzar. Muchas son las tareas y escasos los ánimos. Las izquierdas centroamericanas, desiguales en los cinco países, tienen en común esa tarea. ¿Están solas? No, en ello están acompañadas por el desconcierto que los revolucionarios viven en todo el mundo.

Las izquierdas centroamericanas vienen experimentando una transición obligada, que no depende de sus delirios subjetivos: dejaron las armas y ya no hay más revolución, tienen ahora que convertirse en fuerzas electorales, políticamente democráticas. Viven, todos, una obsesión que debieran olvidar, superándola: ¿cómo llegar a ser *una nueva izquierda*?

NOTAS

1. Comisión on Growth Development, The Growth Report, Strategies for Sustained Growth and Inclusive Development, WB, Washington,

2008; Capgemini & Merrill Lynch, World Wealth Report, NY, 2008.